

Mis padres siempre fueron personas muy dulces y comprensivas. Aunque mi padre no llegó a padecer mi adolescencia, fue mi madre la que tuvo que cargar con el peso de un hijo problemático ella sola. Todas mis neurosis, mis decisiones y mis cambios fueron sólo por mí mismo y no por tener una infancia difícil. Y aún así sentí muchísimo dolor con mi sola existencia. No suelo hablar sobre esto con frecuencia porque verdaderamente me siento muy ajeno hacia la persona que fui hasta mi adultez. Nadie tuvo la culpa de que estuviera tan enojado conmigo mismo, a veces nacemos con ciertas fallas...

¿Pueden culpar a alguien por sentir un dolor semejante cuando incluso sus progenitores sienten rechazo hacia su persona? Si tu padre intentara asesinarte y tu madre te utilizara para vengarse por sus propios traumas, creo que también estarías enojado al nivel que Mordred lo está. Fue maltratado verbal y físicamente toda su infancia hasta el punto en que no pensó merecer nada excepto la muerte. Juzgarlo por las muertes que provocó sin pensar que fue lo que lo llevó a eso sería un análisis estéril digno de la época en la que vivió.

Pero Alejandro y Nungal no fueron los primeros en demostrarle a Mordred que podía ser amado. Tengo una corazonada sobre ese amor que no pudo ser...

Mordred sacó un cigarrillo de su bolsillo y un encendedor para proceder a prenderlo y ponerlo sobre sus labios. El aroma particular a hierba mezclado con la sal de la playa en el aire me recordó a ciertas vacaciones hace un par de años. Cerré los ojos para escuchar las olas romper contra las rocas y aspirar profundamente ese aroma vacacional.

"¿Fumas?" me preguntó.

"Hace tiempo que no lo hago" admití. "Pero dadas las circunstancias, me vendría perfecto".

"Claro que sí...", exhaló humo y me pasó el cigarrillo, "...este lugar no tiene sentido alguno, lo vas a necesitar".

"¿Por eso fumas todo el tiempo?" Me llevé el cigarrillo a la boca y le di un pitido.

"Es para los nervios".

El humo recorrió mis pulmones y sentí cierta paz. La última vez que fumé creo que fue hace varios meses ya, estaba con algunos amigos en una fiesta. Fumábamos más bien para divertirnos, hacer cosas en ese estado siempre es entretenido. Es la primera vez que fumo para relajarme. No tardé mucho en sentir que el sonido de las olas me traspasaba la piel y se metía dentro de mi pecho.

"¿No lo vas a decir?" me preguntó.

"¿Qué cosa?" Solté el humo.

"Lo que piensan todas las personas que saben quien soy".

"¿Qué eres un idiota? Eso ya lo establecimos". Le di otro pitido al cigarrillo.

"No te aproveches de los efectos de esa cosa..." Me quitó el cigarrillo y lo puso de nuevo en sus labios. "¿No sientes lástima?"

"¿Lástima? No especialmente, creo que es una historia horrible pero sucedió hace 15 siglos ¿Verdad?"

"Interesante pensamiento".

"En este momento estás con personas increíbles que te aman por demás, lo que siento es más bien envidia".

Mordred guardó silencio y sólo soltó humo mirando más allá del mar.

"Además, esa persona de la que acabas de contarme no eras tú, así como en mi infancia yo tampoco era yo".

Él se volteó abruptamente y me miró sorprendido.

"Somos las personas que nosotros queremos ser, no lo que los demás esperan que seamos".

Lo miré, y recuerdo que le sonreí. No sé por qué le sonreí como si quisiera agradarle. Tengo esta imagen grabada perfectamente en mi cabeza, su rostro con una expresión totalmente inocente, sus ojos brillando, y su cabello volando en el viento. ¿Por qué no me lo puedo sacar de la cabeza?

Volví a la casa a eso de las ocho de la mañana. Mordred tomó un camino diferente alegando que tenía muchas cosas que hacer, aunque se lo veía más bien con ganas de irse a dormir. También me advirtió que me buscaría más tarde para que lo ayudara con algo... Suena un poco aterrador, no les voy a mentir.

Me dirigí directo a la cocina porque, claramente el haber estado fumando, tenía cierto apetito. Al entrar pude ver a Águeda sentada en la mesa, al parecer ella también es una persona madrugadora como Alejandro. De hecho me llamaba la atención que él no estuviera allí también.

Ella estaba con una taza de café en una mano y él celular en la otra. De pronto levantó la vista y me sonrió.

"¡Buenos días!"

"Buenos días..." farfullé y me senté tímidamente frente a ella.

Por desgracia recordaba bastante bien todo lo que había sucedido ayer aunque quisiera olvidar varias cosas, y estoy seguro de que le debo parecer un gran tonto. Me da bastante vergüenza el ridículo que hice y la única solución era fingir demencia absoluta.

"Ayer fue una locura... ¿Podrías ignorar todas las idioteces que dije? Aunque no recuerdo casi nada" mentí con una risa nerviosa.

Águeda se me quedó viendo un instante y luego me sonrió con complicidad.

"¿Qué idioteces?" dijo.

Suspiré un tanto aliviado y cambié el tema para enterrar en el olvido mi humillación para siempre.

"Y... ¿Has visto a Alejandro?" le pregunté. "Es raro que no esté por aquí comiendo un plato de pasta o algo así".

"Ahora que lo dices, no..." dijo pensativa. "Quizá está ejercitando."

"Puede ser..."

Repasé los eventos de ayer en mi cabeza, ignorando la conversación de la cocina por supuesto, para poder actualizar esta especie de diario más tarde. Por ninguna razón en particular recordé que Águeda le había llamado "patrón" a Alejandro y que este se había molestado por eso.

"Ahora que recuerdo, ¿Por qué te refieres a él como patrón?" le pregunté.

"Es que hace un tiempo trabajaba para él, y aunque ya no es el caso me quedó el hábito" dijo con una sonrisa avergonzada.

¿Trabajar para él? Pero si él dijo que era su familia.

"No pareces una empleada... es decir, él no mencionó eso en lo absoluto" dije un tanto confundido.

Águeda hizo una pausa, se la veía un tanto pensativa. Luego intentó beber un sorbo de café pero al parecer su taza estaba vacía y lo había olvidado.

"Es que él ve nuestra relación de otra manera. Es un poco complicado" explicó.

"De acuerdo..."

Me pareció por demás extraño. Al hablar de Águeda, Alejandro había mostrado un amor y ternura digna de un padre. Pero parece que ella no lo percibe así para nada. Es un tanto triste pero creo que los hijos siempre somos complicados, no importa el siglo que sea. Al final, tampoco es culpa de Alejandro que Águeda no sienta un apego hacia él. Siento que es un alma un tanto rebelde como yo, y claramente eso no es culpa de nadie.

Me levanté para preparar café y buscar algo de comer en el refrigerador.

"Supongo que todas las familias son complicadas pero ustedes se eligieron ¿No?" le dije.

"En teoría sí".

La note un tanto pensativa. Me intrigaba entender que había sucedido entre ellos.

"Aunque técnicamente Alejandro y yo somos primos" agregó.

Cerré el refrigerador abruptamente y miré a Águeda totalmente confundido.

"¿¿Primos??"

¿Por qué Alejandro omitiría un dato así? No puedo entenderlo.

"Un momento... Alejandro no mencionó nada de eso, es más, me dijo que te conoció mucho tiempo después de volverse inmortal".

Águeda parpadeó sorprendida.

"¿No lo hizo?" Sonrió un poco. "Se le habrá olvidado..."

"Perdona si sueno muy entrometido, pero es que él me ha hablado con tanta emoción sobre su familia que me resulta muy extraño que no haya mencionado que son primos".

Comencé a pintar una rebanada de pan con un poco de mermelada que había sacado del refrigerador mientras que la cafetera hacía su trabajo.

"¿De qué lado de su familia eres?" indagué.

"¿Quieres jugar a las adivinanzas conmigo?" dijo un poco emocionada.

"Si eso quieres". Me reí con nerviosismo.

No me molesta particularmente jugar con estas personas, aunque admito que es un tanto estresante.

Me acerqué a la mesa con un pan en una mano y una jarra de café en la otra.

"¿Café?" le ofrecí.

"¡Sí, gracias!" Acercó su taza y le serví. "Debe habersele olvidado, es que honestamente nunca hemos hablado con nuestro abuelo".

"Alejandro sólo me ha hablado mucho sobre su abuela paterna, pero creo que no tuvo trato con el resto de sus abuelos".

Me serví café y me senté nuevamente. Luego le di un mordisco a mi pan. Águeda la dió un sorbo a su café.

"A veces pasa" dijo. "Yo sólo sé que compartimos un abuelo porque es como un rumor que circulaba mucho en su momento... ¡Así son las cosas cuando tu padre es básicamente una celebridad!"

No tenía mucha idea de lo que estaba hablando pero imaginé que se refería a Alejandro Magno.

"¿A qué te refieres con celebridad? ¿Algo así como su padre?" le pregunté.

"Estoy hablando de él precisamente" afirmó. "Estuviste leyendo de Alejandro Magno, ¿Cierto? ¿Has leído algo sobre su culto?"

"No leí tan a profundidad..." medité. "Pero sí recuerdo que en varios libros se mencionaba que era muy abierto a otras religiones".

Le di otra mordida a mi pan.

"Sincretismo" dijo.

No soy una persona muy culta aunque haya tenido que leer bastantes libros para aprender alquimia. Muchas ciencias sociales se escapan de mi entendimiento, soy más hábil en lo que a química se refiere. Quizás si tuviera acceso a internet en este lugar sería un poco

más fácil recordar ciertos conceptos, buscar en libros tiene cierto encanto pero no es el medio más rápido.

"No recuerdo lo que es eso" suspiré un tanto cansado.

"Una táctica" explicó. "En vez de rechazar la religión del lugar que estás conquistando o decir que está mal, le encuentras cosas en común con la tuya propia y las combinas en una sola. Es muy interesante".

"En verdad era un hombre muy inteligente, el padre de Alejandro..." reflexioné mientras le daba un sorbo a mi café.

Alejandro Magno es una figura recordada más bien por ser un excelente estratega y no precisamente por su fuerza. Una prueba irrefutable de que la mayor virtud y ventaja del hombre es su mente. ¿Hasta dónde hubiera llegado si la muerte no lo hubiera detenido?

"Leí un poco sobre su madre también y tal parece que sólo se casaron para preservar la posición social de ella y la buena relación con Bactria" agregué. "Todo un diplomático".

Algo que Alejandro Magno había hecho por lo menos con otras dos mujeres. Una actitud dentro de todo amable con sus enemigos. Como si conquistar lugares estuviera más relacionado con sus habitantes que con los recursos que puedan ofrecer ¿No?

"Ah, sí... ¡Ella era persa!" Los ojos de Águeda se iluminaron. "¡Dicen que los persas se llamaban así porque eran descendientes de Perseo!"

"¿En serio? Qué curioso... En esa época parece que todos descendían de alguna figura como esa".

"Era todo muy confuso, porque por un lado habían descendientes reales y por otro los que mentían para que los tomaran más en serio". Ella hizo una pausa para tomar café. "Y no podías distinguirlos porque todos eran igual de arrogantes".

"De esos que le deben caer muy bien a Nungal" me reí.

"¡Exactamente!" se rió ella también.

La risa de Águeda es en verdad adorable, y parece ser una persona que en verdad ama reír. Si puedo hacerla reír varias veces más quizás me dé el ánimo para invitarla a salir. Después de todo, aunque tenga siglos de edad, sigue siendo una chica encantadora.

"¿Pero eso qué tiene que ver con Alejandro?" le pregunté.

"Mucho en realidad" le dio otro sorbo a su café "¿Sabías que su madre decía que era un semidiós?"

¿Su madre? Creo que estaba hablando de Alejandro Magno de nuevo. Es un poco confuso que ambos tengan el mismo nombre. Saqué mi libreta para revisar mis anotaciones al respecto.

"Estás hablando de la madre de Alejandro Magno, sí" confirmé. "Decía que su verdadero padre era Zeus... pero todos la creían loca".

Varias fuentes afirman que Olimpia podría haberle sido infiel a Filipo o simplemente solía decir esto por el desagrado que creció con los años hacia su marido. Obviamente nadie creyó que eso fuera cierto... Al menos nadie fuera de la comunidad mágica. Aquí dentro todos sabemos que los dioses en verdad existen.

"¿Y tú qué crees? ¿Realmente lo estaba?" Hizo una pausa pensativa. "Quizá para Alejandro sí... Nuestro Alejandro digo, no el que vino antes".

Pero claro, por eso Alejandro puede soportar la sangre de una diosa en su interior. Nunca fue un humano ordinario, pero por alguna razón él lo ignora totalmente.

"Considerando que no tiene ninguna habilidad especial supongo que nunca lo creyó posible". Bebí otro sorbo de café. "Pero ahora que lo mencionas creo que tiene sentido, de otra forma tendría que haber muerto cuando Nungal le dio su sangre ¿No?"

Águeda hizo otra pausa para pensar y luego levantó un dedo, asintiendo con la cabeza. Al parecer ella tampoco lo había pensado nunca.

"Así es la genética. A veces heredas poderes y a veces no. Supongo que si eres hijo de un semidiós y un mortal es menos posible..." concluyó.

Supongo que como cualquier sangre, esta se diluye con cada generación. Nungal había mencionado que al intentar asesinarla ella quedó varada en el limbo por ser tres cuartas partes de diosa. El pequeño porcentaje de sangre que le dejó su abuelo no le dio ninguna particularidad visible, pero parece haberle salvado la vida a Alejandro.

"Pero Alejandro no debería afligirse por eso, es especial de todas formas" afirmó Águeda.

"En verdad es especial, tiene una energía y ánimos envidiables" recalqué. "Creo que si no se han matado aún en esta casa es gracias a él".

Pienso que al estar tanto tiempo al lado de Nungal y Mordred, personas increíblemente hábiles para la magia, lo hizo pensar que él no es alguien virtuoso. Pero Alejandro redirige su éter a lo que a él le interesa, sus habilidades físicas. Su naturaleza inquieta lo impulsó a perfeccionarse en muchísimas disciplinas físicas y es gracias a su éter que logra dominar lo que se proponga a la perfección. Aunque él ni siquiera considere su propio éter como suyo.

De hecho, en teoría, Alejandro es un semidiós actualmente. Pero tal parece que carece de cierta conciencia al respecto, y siento que es puramente un problema de autoestima. Como si el concepto de semidiós significara algo totalmente diferente para él que no encaja con su persona. Sin embargo sí considera a Águeda como una semidiosa, quizás en el sentido literal de la palabra.

"Entonces tú y Alejandro son nietos de Zeus, ¿Y tu padre también era un dios?" indagué.

Águeda me sonrió.

"Es. La última vez que lo vi seguía vivo".

En teoría los dioses pueden morir, varias mitologías sugieren que esto es posible. Sin embargo, siempre asocié su muerte con la falta de creencia en ellos más que con una

muerte propiamente dicha. Es extraño pensar en que dioses antiguos siguen dando vueltas por aquí actualmente, aunque debió ser obvio después de conocer a Nungal.

"Debí habérmelo imaginado porque Nungal es una diosa bastante antigua..." reflexioné.

"¿Hay más dioses en el mundo humano?"

"¡Puf! ¡Montones! No se ven tan seguido últimamente, pero..."

"¿Y tu padre suele estar por aquí también?"

Águeda negó con la cabeza.

"Él tiene sus propios asuntos" dijo.

Claramente no todos los dioses están cómodos entre los humanos. ¿Cuántos dioses habrán en este plano? Esto también me hace preguntar quién es el padre de Águeda. Pero es claro que ella quiere que adivine.

"No me vas a decir quien es, ¿Verdad?" suspiré.

"Así no sería divertido, ¿Cierto? Aunque tampoco lo sería si no te doy una pista..." Hizo una pequeña pausa. "Bueno, sabes que es hijo de Zeus y griego, pero eso es la mitad de Grecia básicamente".

"Sí, definitivamente ese dato es muy amplio" dije apoyando mi cabeza sobre la mesa.

Águeda hizo otra pausa para beber café.

"Pero si realmente estudias alquimia seguro alguna vez habrás leído que *como es arriba es abajo*".

"Pues claro, es un principio de la hermética..." dije vagamente.

Como es arriba es abajo. Un verso muy conocido para cualquier alquimista. Proviene de un texto hermético llamado la *Tabla Esmeralda*. Aunque no posee una sola interpretación y es algo de lo que aún actualmente se discute. A mi me gusta pensar que se refiere a que todos somos parte de un todo y el todo es parte de nosotros. Para fines prácticos, equivalencia en su máxima expresión.

De repente me di cuenta de lo que Águeda quiso decirme en verdad y levanté mi cabeza abruptamente.

"¡Hermes!" exclamé.

Ella se rió un poco y asintió con la cabeza.

"¡Es cierto lo que dijo Alejandro, hasta cuando estás cansado eres bueno para deducir!" me dijo.

"¿Él dijo eso?" pregunté un tanto avergonzado. "Supongo que no puedo evitar sobrepensar las cosas..."

"Pero es algo bueno, no te apenes". Ella me dio un pequeño empujón amistoso.

"Al menos es algo útil para jugar a las adivinanzas". Llevé mi brazo por detrás de mi cabeza. "Entonces, ¿Eres hija de un dios en serio? ¡Suenan increíbles!"

"¿En serio? ¡Pero si ya conociste a Nungal no debería ser nada nuevo!" Pensó un instante. "Aunque supongo que no debe ser lo mismo si es un dios que conoces... ¡Seguramente en algún momento habrás leído algo de mitología griega!"

No importa a cuantos dioses conozca, siempre me va a resultar sorprendente la existencia de seres así.

"Todos aquí me parecen increíbles, es la primera vez que me encuentro con personas como ustedes y no dejan de sorprenderme ni un instante" reflexioné. "Justamente, el estar cerca de mitos y leyendas semejantes me tiene bastante pasmado".

"Ya te acostumbrarás". Tomó otro sorbo de café. "Aunque con la cantidad de dioses que deben existir seguro vas a encontrarte con otra cosa increíble en cuanto te acostumbres. Uno nunca deja de sorprenderse".

"Es una de las maravillas del ser humano, creo que la capacidad de asombro nos mantiene vivos" dije con cierta ilusión. "Y ustedes tienen una vida infinita para ver todo tipo de cosas increíbles, momentos históricos, avances tecnológicos, movimientos sociales..."

"¡Es muy divertido!" dijo mientras asentía con la cabeza. "Pero al mismo tiempo es mucho más fácil procrastinar cuando se tiene tanto tiempo, así que en cierto modo tienes suerte..."

"Definitivamente no me imagino teniendo una vida inmortal, pero si envidio un poco la cantidad de anécdotas que deben tener".

"¿Pero no es emocionante saber que vas a ser parte de esas anécdotas?" Se rió. "Te aseguro que van a contar lo de la caída varias veces..."

"Espero que no sea por lo único que me recuerden". Me avergonzaba un poco recordar eso. "Pero si me gustaría que gente como ustedes me recordaran".

Me levanté para prepararme otra rebanada de pan y pensé un instante en cómo ese acontecimiento podría afectarles en un futuro cercano o lejano.

"Seguramente tienes anécdotas muchas más interesantes que esa" acoté.

"Quizá..." Me observó mientras preparaba el pan. "Pero apenas empezaste. Date tiempo, ya las va a superar con alguna otra locura".

Ella me sonrió divertida. Aunque claramente soy una especie de divertimento para estas personas, no me importaría serlo para Águeda en lo absoluto. La verdad, podría ser lo que ella quiera si me permitiera acercarme.

Me comí el pan de un bocado.

"¿Y tú? ¿Tienes anécdotas divertidas?" pregunté.

"¿De cosas que haya hecho yo? Tengo algunas, pero por lo general tiendo a atestiguar las cosas que hacen otros..." Se rió. "Tengo un tío al que veo de vez en cuando y siempre, *siempre* le pasa algo".

"¿Y qué hay sobre cómo conociste a Alejandro?" dije pensativo.

"¿No te lo contó?" me preguntó bastante sorprendida. Luego volvió a reír. "¡Fue algo muy gracioso en realidad! ¡Le robé el toro a Nungal por accidente!"

Un toro... ¿Acaso estaba hablando de aquel toro que Nungal usaba para recolectar almas?

"¿Toro? ¡¿Ese toro?!" exclamé con asombro.

"¿Conoces a otro?" respondió divertida.

Repentinamente, Alejandro apareció en la puerta de la cocina.

"¿Qué pasó con Gugalanna?" preguntó casualmente.

"¡Buenos días, patrón!" saludó Águeda estirando el brazo.

Alejandro dejó escapar un suspiro un tanto fastidiado, supongo que por escuchar que Águeda lo llamaba *patrón* nuevamente. A pesar de eso se veía bastante animado.

"Águeda estaba por contarme cómo se conocieron" dije.

"¡Esa es una historia divertida sin duda!" sonrió. "Pero me temo que debemos irnos a la ciudad ahora"

"¿Ah? ¿En serio?" Águeda ladeó la cabeza. "¿Pasó algo?"

"Lunes por la mañana y una empresa no se maneja sola" dijo dejando escapar una carcajada. Luego me miró. "Y tu trabajo es seguirnos a donde vayamos, pero estoy seguro de que tendrán tiempos para historias otro día".

"Ah, cierto, ustedes no son trabajadores independientes..." recordó Águeda mientras miraba su celular.

"La verdad es que Nungal y Mordred se llevan la parte más *divertida*, yo no hago mucho". Él volvió a reírse. "Pero ahora que está Lionel aquí quizás me entretenga".

"Bueno, siempre se lo puedes contar tú..." dijo Águeda.

Me desanimó un poco que nuestra conversación tuviera que cortarse de repente. En verdad me gustaría saber más sobre Águeda y juntar el valor necesario para acercarme más a ella. Ahora que está aquí, de alguna forma me siento menos desorientado.

Alejandro me miró y entendió la expresión de mi rostro a la perfección.

"Yo creo... que tú cuentas mejor esa historia" afirmó.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

"Y tú apresúrate a alistarte que el ferry sale en poco tiempo" me dijo mientras salía de la cocina.

No había mucho que hacer, después de todo estoy aquí para trabajar.

"Supongo que te veré luego..." suspiré

"¡Supongo que sí!" resopló haciéndose la ofendida de manera graciosa. "¡Vaya! ¿Qué clase de héroe mitológico cuenta su propia historia en vez de que la cuenten los demás?"

Águeda volvió a reír. Parece ser una persona con un increíble buen ánimo. Y debe tener millones de historias graciosas para contar. Espero poder escucharlas pronto.

"No es cierto, no soy una heroína para nada... ¡Pero sí hago mucho por esta isla!" Ella volvió a mirar su celular y luego se levantó. "Los acompaño afuera, yo también debería salir..."

"Pero tú no sueles estar mucho por aquí ¿No?" También me levanté y me desperecé.

"No, sí, me refiero a ir afuera. Todavía no he visitado a las chicas".

"¿Las chicas?" indagué totalmente confundido.

"Qué, ¿Todavía no te las presentan? Qué maleducados..."

"Tenía entendido de que no hay más personas viviendo aquí, pero quizás me equivoqué..."

Me aterraba un poco averiguar a quiénes se refería Águeda. Al no ver más personas alrededor siento que podría estar refiriéndose a cualquier tipo de criatura extraña... Supongo que se lo preguntaré a Alejandro más tarde.

Miré la hora en mi celular.

"Debería vestirme apropiadamente" dije. "Espero volver a verte pronto, es agradable hablar con alguien más cercano a mi edad... es decir, que se ve de mi edad".

"¡Lo mismo digo! Y seguro que sí, no te preocupes..." Me dio una palmadita en el hombro. "¡Aunque no esté aquí siempre puedes llamarme! ¡Vendré en un pestañeo o menos!"

Ella sacó una tarjeta de uno de los muchos bolsillos de sus shorts y me la entregó. Esta tenía un logo bastante caricaturesco con unas alas muy simpáticas. En el cuerpo de la misma, junto a su número de celular, decía:

"ÁGUEDA. ENCARGOS DE CUALQUIER TIPO. EN UN PESTAÑEO O MENOS"

Levanté la vista para agradecerle pero ella ya no estaba. De todas maneras había conseguido su número así que ya no sería tan difícil volver a verla. La primera cosa que hago bien desde que llegué aquí.

Poder haber estado a solas con ella y conversar me dio muchísimos ánimos. Además, pude sentir su éter con más claridad. Se sentía realmente ligero, cálido y enérgico, como una ventisca en verano. Realmente daban muchas ganas de estar con ella, aunque sea sólo hablando. Espero poder volver a verla pronto...

Cuando volví a mi habitación, noté que Alejandro dejó un traje colgado con la mayor prolijidad en la puerta, claramente para que lo use. Un traje negro, una camisa blanca y una corbata haciendo juego, también dejó un par de mocasines. Tan sólo de ver esas prendas puedo notar el valor de las mismas, y eso me pone un poco ansioso de usarlas. Por un lado,

¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de usar algo como eso? No es que me guste vestir formal, pero creo que uno debería usar un traje caro aunque sea una vez en su vida para fingir ser exitoso. Y por el otro lado, me aterra dañar algo tan costoso de cualquier forma. Dudo poder pagar algo de esto aunque trabajara sin parar el resto de mi vida.

Junto a la ropa había dejado una nota que decía la hora en que partía el ferry. Me vestí lo más rápido que pude y salí disparado a mi primer día de trabajo oficial.

Si lo pienso, mi trabajo es básicamente hacerle compañía a Alejandro y enseñarle algo de magia, pero la *pantalla* de este es ser personal de seguridad, por eso tengo que vestir de manera más formal. Aún me pone un poco nervioso no estar seguro de cómo hacer esto, pero supongo que si no fui despedido luego de ser arrojado desde un balcón, no puede ser un trabajo tan malo. O quizás es peor que ser arrojado por un balcón...

Al entrar al ferry no pude encontrar a Alejandro pero sí pude divisar a Mordred mirando su celular. Me acerqué, recordando que él me había dicho que me buscaría más tarde, y lo llamé con un silbido. Él levantó la mirada y me escaneó de arriba a abajo.

"Deberías quitarte eso de la cara" dijo. "Arruinas por completo un traje tan fino como ese".

De alguna forma, la actitud hostil de Mordred empezaba a resultarme divertida. Las personas con ese carácter suelen tener respuestas muy graciosas cuando se les molesta, siempre y cuando no los insultes despiadadamente como yo ya hice... No creo que vuelva a querer matarme de nuevo así que ¿Por qué no entretenerme un rato?

"Pero no veo sin mis lentes" me burlé.

"Eres un idiota" concluyó.

"Pero un idiota al que vas a pedirle ayuda".

"No te acostumbres".

Mordred buscó en el bolsillo de su saco y sacó varios pedazos de pergaminos y papiros. Parecían ser de distintos períodos.

"Nungal me arrojó esto a la cabeza". Puso esos retazos en mis manos. "Quiero que los leas".

"¿Yo? ¿Por qué?"

"Porque quiere que estemos a mano" suspiró. "Pero ella no leyó mi diario, tú lo hiciste".

"¿Son notas de Nungal?"

"Eso parece".

Miré aquellos pedazos pero obviamente no entendí una palabra de lo que había escrito. Creo que debía tener bastante cara de tonto porque Mordred volvió a suspirar.

"Te enseñaré un hechizo para que puedas leerlo".

"¿Y qué hago después de leerlo?"

Mordred se quedó pensativo un instante.

"Tú pareces ser bueno para tomar decisiones estúpidas" dijo con total seriedad. "Haz lo que te parezca".

Supongo que lo más lógico era leerlo y luego decirle a Nungal que lo había leído, tal y como hice con el diario de Mordred. Estoy seguro de que Nungal no se enojará para nada. Claro que, no sé qué se supone que tengo que hacer luego de hablar con ella. Tendré que ser creativo y usar mi imaginación...

Luego de que Mordred me facilitara aquél hechizo con el que cambia el idioma de sus escritos, me senté y me dispuse a leer aquellas notas durante el viaje. No eran textos para nada largos así que leí todo antes de llegar a destino.

Es sorprendente conocer a la verdadera Nungal. Tan frágil e insegura. Ahora puedo hablar con ella con mucha más transparencia, aunque aún no tengo idea de qué voy a decirle. ¿Quién soy yo para opinar sobre las inseguridades de los demás? Parece que sólo queda usar mi única "habilidad".

Sólo queda confiar en mí estupidez.